

POETAS Y CRÍTICOS DEL 27

Armando LÓPEZ CASTRO

(León: Universidad de León - Secretariado de Publicaciones,
2008, 303 páginas)

El análisis de los estudios sobre poesía realizados por los propios autores es un ejercicio más que aconsejable, necesario para desentrañar todos los extremos concernientes a la significación externa e interna de las obras de un determinado periodo o tendencia literaria. Esta práctica parece obligada si las obras que vamos a analizar se sitúan en un momento tan crucial de nuestra literatura como es la poesía del 27: nunca hasta entonces los poetas de una “generación” habían tenido una formación académica tan sólida como los integrantes del llamado grupo poético del 27; y nunca antes los propios autores se habían dedicado con tanto entusiasmo a la investigación no sólo del hecho poético, sino también de sus obras y las de otros autores, así como a elaborar poéticas, tratados y estudios que contribuyeron -y de qué modo- a enriquecer el espacio científico dedicado a iluminar el ámbito de la palabra poética, tanto desde el punto de vista de la creación literaria como de la interpretación de las obras.

El estudio del profesor Armando López Castro, *Poetas y críticos del 27* (Universidad de León), es un pormenorizado análisis de la contribución que algunos autores del grupo del 27 hicieron en el campo de la crítica literaria. Partiendo de un prólogo en el que se sientan las bases de lo que debemos entender por crítica poética, el autor va desgranando uno a uno los contenidos y enfoques de la obra crítica de los cinco grandes poetas y críticos de ese momento: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Luis Cernuda, Gerardo Diego y Dámaso

Alonso. Añade el autor un acertado epílogo sobre el lenguaje del poema, un índice de textos muy útil y una completa selección de las obras citadas y consultadas.

Antes del análisis de cada uno de los autores, disponemos de unas páginas (13-17) en las que se concreta adecuadamente el objeto de estudio, arrancando de la problemática de los orígenes de la crítica moderna, con el idealismo alemán, que trataba de aproximar poesía y pensamiento (planteamiento imposible en la España de la época, donde predominaba la imitación), y pasando por las posturas de Unamuno, que proponía una “crítica en relación con la vida”, Antonio Machado, quien mantenía su predilección por “la creación frente al oficio”, o Juan Ramón Jiménez, que pretendía “combinar siempre lo particular y lo universal a partir de la convivencia con el texto del autor comentado”. Para concluir este apartado introductorio, se pone de manifiesto que estos tres autores tuvieron siempre presentes “los elementos humanos de la crítica, su dimensión vital, tanto en el sentido de formar parte de una comunidad cultural [...] como en el de la exposición atractiva, que sólo se puede conseguir escribiendo con sencillez y claridad”.

El capítulo I (pp. 19-48) se titula Pedro Salinas: la palabra como sentimiento de vida, y en él se repasan sus incursiones más significativas en el campo de la crítica literaria. El poeta aludía en ocasiones a la concepción de su sensibilidad poética, que se había hecho -le confesaba a su mujer en sus Cartas de viaje- “más apta para la contemplación de las cosas y las ideas”. A través de un repaso por los textos y momentos más representativos de la faceta crítica de Salinas, el autor nos ofrece una visión muy clara de las aportaciones más notables de aquél: de una parte, su visión europeísta, defendida desde la Revista de Occidente, y la construcción de su crítica, presentada como una unidad de experiencia y conocimiento, a partir de la síntesis de las corrientes histórica, filosófica y filológica; y de otra, su propia concepción del hecho poético, que reside, entre otras cosas, en la convicción de que el poeta “debe vivir en una incertidumbre constante [...], pues el “yo no sé” se convierte en el núcleo de su largo peregrinaje. Lo poético reside en la duda, que suspende lo establecido y genera algo más [...]. Gracias a la duda, la

poesía se libera de lo concluyente [...] y aspira a la luz de lo desconocido” (p. 25).

De la actividad crítica de Guillén trata el capítulo II, Jorge Guillén: la disciplina de la imaginación (pp. 49-81). Para él -empieza aclarando López Castro- “no hay creación sin crítica”, lo que viene a decir que “la prosa crítica debe ser complemento de la experiencia poética, pues lo mismo que no hay originalidad sin tradición [...], tampoco la crítica anula la creación, sino que la subraya, pues el enraizamiento de la propia experiencia poética es el que genera el comentario, que debe seguir la dinámica interna de los textos, su proceso de formación, en lugar de precederlos”. Hasta doce textos clave de Guillén son analizados en este capítulo, líneas en las que se reflexiona sobre las relaciones entre tradición y vanguardia, los tópicos que afectan a la libertad crítica, la presencia de la tradición clásica o el simbolismo francés, la propia crítica literaria como objeto de estudio, la intuición poética inicial, el problema de la traducción poética, la presencia y rehabilitación de Góngora, la distancia entre lo real y lo irreal, la presencia de la historia, las relaciones del pensamiento filosófico con la poesía, o los objetivos de la crítica, cuestiones todas ellas de gran trascendencia a la hora de establecer los ejes alrededor de los que giraba (de los que gira) la investigación en poesía.

Luis Cernuda: el saber reflexivo es el título del capítulo III (pp. 83-154), el más extenso de los cinco, no solamente en cuanto al número de páginas que ocupa sino en lo referido a la cantidad y variedad de aspectos tratados: en él podemos ver, a través de artículos y ensayos, las relaciones de Cernuda con los diferentes movimientos estéticos, sobretudo el romanticismo y surrealismo, la admiración que sentía por Bécquer, Hölderlin o Leopardi, el interés por Góngora, en cuya obra “por un extraño horror a los sentimientos, las pasiones del hombre están excluidas” (p. 95), la atención prestada a Antonio Machado y a Federico García Lorca, la imaginación creadora de Cervantes y el fenómeno literario que supone el Quijote, la atención a la poesía popular y la tradición literaria, los grandes poetas del Siglo de Oro, Garcilaso, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, el estilo sobrio de Jorge Manrique, y un largo etcétera que pasa por ensayos dedicados a Juan Ramón Jiménez, Galdós, Yeats o Baudelaire, en los

que se abordan otros tantos asuntos concernientes a la creación y a la concepción de la palabra poética.

El capítulo IV, Gerardo Diego: la lucha por la libertad creadora ocupa cincuenta y ocho páginas (155-213) en las que Armando López Castro analiza nada menos que veinticuatro textos procedentes de ensayos y artículos, a través de los que profundiza en los temas que movieron la impresionante actividad creadora del poeta santanderino. El propio Gerardo Diego, en su introducción “Al lector” de su antología *Crítica y poesía*, resumía las claves que habían de definir cualquier obra dedicada al estudio del hecho poético: “Un libro de ensayos y artículos sobre Poesía y su crítica ha de ser a mi juicio breve y claro, variado y preciso” (p. 156). Armando López Castro demuestra en este capítulo su capacidad para acudir, entre todo el universo de la producción crítica de Gerardo Diego, a los puntos y asuntos esenciales que caracterizan, definen y en cierto modo determinan la trayectoria, la percepción e interpretación estética, y, en último término, la producción poética del autor de *Versos humanos*.

La obra crítica de Dámaso Alonso se analiza en el capítulo V, *Dámaso Alonso: la propuesta de un canon* (pp. 215-272). Armando López hace un repaso cronológico a la producción de Alonso a lo largo de las tres etapas que distingue en su trayectoria: “Una primera de aprendizaje, que va de 1921 a 1939, en la que alterna sus lecturas y publicaciones con una amplia labor docente e investigadora [...]. Una segunda de madurez [...] (que) termina con su elección como director de la Real Academia de la Lengua en 1968 [...]. Y una tercera de esplendor crepuscular, en la que [...] el escritor madrileño se esfuerza por conseguir un estilo vital [...] que deja superados los límites científicos de la estilística [...] y en el que se advierte un creciente interés por lo personal, por los valores humanos frente a los formales, y un mayor protagonismo del lector”. (pp. 216-217). Se hace un repaso de la actividad crítica de Dámaso Alonso, desde sus comienzos con la rehabilitación de Góngora en 1927 hasta sus últimos ensayos en los que, desde la experiencia de toda una vida dedicada a la creación y a la investigación literaria, hace aportaciones de gran importancia e interés para el analista literario.

El capítulo Epílogo: el lenguaje del poema (pp. 273-281) es un detalle muy de agradecer, ya que el autor hace unas “conclusiones” razonadas que van más allá de un mero resumen, pues incide en aquellos aspectos que más preocupan al investigador. Por ello son unas páginas que no tienen desperdicio, recuperan lo esencial de cada uno de los autores tratados, y en ellas se establecen las líneas maestras de la interpretación científica de la palabra poética.

Estamos ante un trabajo riguroso y exhaustivo que se centra en el análisis de los textos clave de cada autor, aquellos que pueden aportar algo al investigador, imprescindible para el crítico serio que pretenda abordar en profundidad estudios sobre el hecho poético en general o sobre los autores del 27 en particular.

Antonio GARCÍA MONTES
I.E.S. Eras de Renueva. (León)